
De la cultura castreña al mosaico castreño: una aproximación en términos sociales a la variabilidad de las formas de poblamiento de las comunidades castreñas del noroeste peninsular y orla cantábrica

David González Álvarez
Becario FPU, Departamento de Prehistoria, UCM
davidgon@ghis.ucm.es

RESUMEN

En este trabajo se exponen las carencias e insuficiencias que la aplicación de perspectivas histórico-culturales en la definición y estudio de la Edad del Hierro en el Noroeste peninsular y cornisa cantábrica, donde con la etiqueta “cultura castreña” se nos presentaba una realidad artificialmente plana de las comunidades prerromanas del área. Recientemente se han puesto en claro la existencia de múltiples rasgos de variabilidad en las características culturales de estos grupos de la Edad del Hierro, aunque los estudios del poblamiento seguían acusando cierta inercia de las perspectivas teóricas tradicionales. Con el objetivo de incorporar este género de estudios a la línea renovadora que nos muestra la diversidad de las gentes castreñas, se propone desterrar el uso del concepto de “cultura arqueológica” y sustituirlo por la concepción de un mosaico de grupos arqueológicos castreños, en el que se ha de atender a la existencia de distintos modelos de poblamiento, relacionados con diferentes modelos sociopolíticos.

Palabras clave:

Edad del Hierro. Formas de poblamiento. Castros. Arqueología del Paisaje. Comunidades rurales profundas.

ABSTRACT

In this paper we discuss about the failures in the application of cultural-historical archaeology perspectives in the definition and study of the Iron Age in northwestern Iberia and Cantabrian Coast, where the label “castro culture” shows an artificial and uniform view of the preroman communities in this area. Recently, the existence of multiple features of variability in the cultural characteristics of these groups of Iron Age have been made clear, although the studies of settlement patterns still accuse certain inertia of the traditional theoretical perspectives. In order to incorporate this kind of studies to the renewal line that shows the diversity of Iron Age communities, it is proposed banishing the use of the “archaeological culture” concept and replacing it by the concept of a mosaic of “castro archaeological groups”, with the aim to point out the existence of different settlement patterns, related with different socio-political models.

Keywords:

Iron Age. Settlement patterns. Hillforts. Landscape Archaeology. Deep rural communities.

RESUM

En aquest treball s'exposen les carencies e insuficiències que l'aplicació de perspectives històrica-culturals en la definició i estudi de l'Edat del Ferro en el Nord-est peninsular i cornisa cantàbrica, on amb l'etiqueta de “cultura castrense” se'ns presentava una realitat artificialment plana de les comunitats prerromanes del àrea. Recentment s'han posat en clar l'existència de múltiples trets de variabilitat en les característiques culturals d'aquest grups de l'Edat del Ferro, encara que els estudis del poblament seguien acusant certa inèrcia de les perspectives teòriques tradicionals. Amb el objectiu d'incorporar aquest ge-

Rebut: 1 septiembre 2010; Aceptat: 1 diciembre 2010

nera d'estudi a la línia renovadora que ens ensenya la diversitat de les gents castrense, es proposa desterrar l'ús del concepte de "cultura castrense" i substituir-ho per la concepció d'un mosaic de grups arqueològics castrense, en el que s'ha d'atendre a la exigència de diferents models de poblament, relacionats amb diferents models sociopolítics.

Paraules Clau:

Edat del Ferro. Formes de poblament. Castros. Arqueologia del Paisatge. Comunitats rurals profundes.

"CULTURA CASTREÑA": BASES PARA EL DEBATE.

Hasta hace apenas una década, las visiones histórico-culturales –con leves pinceladas procesuales, en momentos más recientes– han dominado las aproximaciones arqueológicas a la Edad del Hierro del Noroeste peninsular y orla cantábrica. El concepto "cultura castreña" se impuso como término definidor de la realidad histórico-arqueológica vinculada con los castros: los yacimientos paradigmáticos de la Edad del Hierro en el área, que a la vez se situarían como *fósiles directores* de dicha formación cultural. Esta concepción se acomoda perfectamente a la definición que V.Gordon Childe hizo de "cultura arqueológica", como una recurrencia de rasgos materiales característicos (cerámicas, productos metalúrgicos, tipos y forma de los asentamientos...) para unas coordenadas espaciales y temporales determinadas, ante lo cual podríamos hablar de pueblos o culturas (1929: V-VI). A pesar de la crítica y revisión que desde la Nueva Arqueología se realizó sobre tales construcciones teóricas, estos debates no parecen haber afectado de forma sustancial a las investigaciones sobre las comunidades prerromanas de nuestra área de estudio, ya que aún hoy se nos sigue presentando la "cultura castreña" como la *facies* local de la Edad del Hierro. De este modo, los discursos establecidos muestran una realidad plana en la que la "cultura castreña" es vista como un todo que, con centro en la *Gallaecia* histórica meridional, irradiaba geométricamente sus influencias hacia otras áreas "marginales", como la cornisa cantábrica o las montañas occidentales de León. A la vez, los

modelos interpretativos sobre cuestiones de índole social, política e identitaria serían elaborados de forma uniformizadora, sin atender a variaciones regionales o temporales dentro del área por la que se extienden los castros. La "cultura castreña" sería así una realidad monolítica en cuanto a su contenido interpretativo. Las fuentes informativas prioritarias en la elaboración de tal modelo han sido la documentación escrita generada por los autores grecolatinos y la toma en consideración de modelos generales propios de la Edad del Hierro europea, extrapolados por medio de rígidas analogías a las regiones objeto de nuestra atención. En este marco, la cultura material sólo ha servido para ofrecer datos que confirmasen o completasen las descripciones etnográficas de las fuentes clásicas; o como base en el establecimiento de analogías mecanicistas con la imagen más tradicional de la Edad del Hierro europea: repleta de ancestros, celtas, guerreros y (sólo) varones.

CAFÉ PARA TODOS: DE LA "CULTURA CASTREÑA" A LAS CULTURAS CASTREÑAS AUTONÓMICAS.

En las últimas tres décadas se ha producido una palpable fragmentación en los estudios de la Edad del Hierro del área de estudio, en relación con la realidad contemporánea. La construcción del estado de las autonomías y el desarrollo de su autogobierno ha provocado que las investigaciones arqueológicas sobre la Edad del Hierro pasasen a desarrollarse mayoritariamente en clave autonómica. Esto tiene una gran influencia en los discursos arqueológicos, ya que la "cultura castreña" se ha desgranado en

un rosario de distintas subculturas castreñas: la gallega, la asturiana, la cántabra... Nos encontramos ante un buen ejemplo de que el pensamiento y los objetivos marcados en cada momento por los arqueólogos son producto de su propia realidad vital, con lo que su deconstrucción ha de ser una vía necesaria para comprender el trasfondo de los discursos arqueológicos y para poder así desentrañar los aspectos a través de los cuales se reproducen, proyectados hacia el pasado prehistórico, los esquemas establecidos en la sociedad actual y en el mundo académico o profesional del propio investigador.

El mantenimiento de tal actitud investigadora acerca de las comunidades prerromanas se intenta justificar en algunos casos con el refrendo de las descripciones geográfico-etnográficas de las fuentes clásicas, o aduciendo que las provincias y comunidades autónomas son porciones geográficas tan aptas como otras opciones posibles para afrontar estudios arqueológicos sobre el pasado (vid. Fernández-Posse, 2001). En realidad, existen una serie de factores externos a la investigación o al discurso histórico que son los que terminan por imponer tales reglas de juego.

Desde su establecimiento, cada Comunidad Autónoma ha favorecido la construcción de discursos históricos que refuercen la solidez de las identidades regionales o autonómicas. La transferencia de competencias desde el estado central español en materias como educación, investigación o gestión del Patrimonio, ha propiciado que las distintas comunidades investigadoras autonómicas se hayan encerrado en sí mismas, mostrándose relativamente impermeables a programas investigadores desarrollados en las regiones vecinas. Las universidades, los arqueólogos profesionales, los museos arqueológicos, las asociaciones ciudadanas o las editoriales se sitúan como colectivos dependientes de las administraciones autonómicas, ya que

dependen de éstas en aspectos tan importantes para su sostenimiento como su financiación. En las distintas universidades de cada autonomía se favorece el estudio de historias locales, ante la máxima de generar conocimientos al servicio de sus convecinos. De igual forma, los arqueólogos profesionales han de cumplir reglamentos y leyes de Patrimonio autonómicas y deben rendir cuentas de su trabajo ante los servicios de Patrimonio correspondientes. Los museos se han convertido en centros de custodia de los materiales arqueológicos de cada provincia/autonomía, y tienen como función social la transmisión hacia la ciudadanía del conocimiento arqueológico local, obviando normalmente realidades geográficas más amplias. Por último, las asociaciones culturales, las editoriales y los equipos de investigación se han de plegar ante las exigencias de los estamentos autonómicos a la hora de solicitar buena parte de las ayudas y subvenciones para todo tipo de propuestas, como la organización de eventos o actividades de difusión y participación ciudadana; la publicación de libros o revistas; la puesta en marcha de proyectos investigadores o la solicitud de contratos y becas de formación en investigación.

En las bases de todas estas convocatorias de ayudas o subvenciones autonómicas suele aparecer un punto en el que se recoge la prioridad —cuando no la obligatoriedad— de realizar estas tareas y actividades en clave local. Por poner algún ejemplo hipotético, el gobierno de Cantabria seguramente preferirá financiar investigaciones sobre el poblamiento de la Edad del Hierro en Cantabria o en la comarca de Liébana, antes que sobre la zona geográfica del alto Ebro o sobre una porción de territorio que abarcase áreas de Cantabria, Burgos y Palencia. Ambas selecciones sobrepasarían sus límites autonómicos establecidos, más allá de los cuales el gobierno autonómico no tendría competencias ni obtendría réditos para sus intereses regionales (económicos, ideológicos,

electorales...). Incluso existen obstáculos tan claros para mantener esta parcelación autonómica de la investigación como la imposibilidad, por ejemplo, de que una universidad murciana o castellano-leonesa solicite financiación a las partidas de investigación asturianas ofertadas por la Fundación para el Fomento en Asturias de la Investigación Científica Aplicada y la Tecnología (FICYT) para realizar un proyecto investigador en territorio asturiano. Por supuesto, las comunidades murciana o castellano-leonesa difícilmente destinarían recursos para que sus universidades locales desarrollasen investigaciones en otra CCAA. Esta situación pone trabas a que distintos grupos investigadores trabajen sobre problemas similares en una misma región. Al final, los resultados de tales investigaciones tendrán una calidad potencialmente limitada, al establecerse mil y un obstáculos al debate y a la discusión que podrían ofrecer la multiplicidad de propuestas, métodos de trabajo y perspectivas teóricas, si se hubiera garantizado la igualdad o facilidad de acceso a las ayudas y subvenciones que podrían financiar distintos programas investigadores.

Al final, vemos cómo con el afán de potenciar los estudios de lo local, se acaba por minusvalorar lo general, lo cual está teniendo un duro efecto en el desarrollo de las investigaciones arqueológicas sobre cuestiones como las tratadas en este trabajo, en cuanto a que se cercena la óptica territorial de los investigadores, dificultando la realización de síntesis generales geográficamente amplias.

Este contexto de trabajo tan marcadamente localista se traslada al público general, con lo que se propicia la generación de toda una serie de discursos simplistas y falaces que, en ocasiones, tienen como objetivo la justificación de discursos políticos del presente a partir de su acrítica proyección de las identidades contemporáneas hacia el pasado (vid. Díaz Santana,

2002; Marín, 2005; Ruiz Zapatero, 2006). Esta situación crea verdaderos núcleos locales de poder que vetan y persiguen la intromisión de foráneos en sus áreas de acción, defendiendo, en realidad, posiciones de acumulación de capital científico, e incluso económico o mercadotécnico (vid. Lombardía, 2006 como claro ejemplo de esto último).

NUEVOS AIRES EN EL ESTUDIO DE LAS COMUNIDADES CASTREÑAS.

Sobre este panorama problemático en las investigaciones de la Edad del Hierro del Noroeste peninsular y área cantábrica, en los últimos años se han venido realizando nuevas lecturas que nos ofrecen notables avances cualitativos en el conocimiento arqueológico de estos grupos prerromanos, además de establecer interesantes puntos de partida para nuevos proyectos investigadores. Las líneas de trabajo que más me interesa resaltar, en relación con este estudio, son las que apuntan hacia la identificación de un elenco de formas sociales, políticas y económicas mucho más rico y diverso para los grupos castreños de la zona de estudio.

El Noroeste ha sido quizá el área que más debate ha generado en la última década en cuanto a interpretación social de la Edad del Hierro en la Península Ibérica. En esta dirección, varios trabajos han visto a la luz en los últimos años, generando un interesantísimo debate en cuanto a la interpretación social de las comunidades prerromanas del Noroeste peninsular y orla cantábrica (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998; Sastre, 2004, 2008; González Ruibal, 1998; Sastre, 2004, 2006-2007; Parceros et al., 2007; Marín, 2009). La aplicación de nuevas herramientas analíticas, como los SIG (Parceros y Fábrega, 2006); la toma en consideración de nuevas fuentes inspiradoras en la elaboración de los discursos arqueológicos, como la Antropología o la Etnoarqueología (González Ruibal, 2006-2007; Sastre, 2008; González Álvarez, 2009a); y el desarrollo de nuevas lí-

neas investigadoras, como la atención a los espacios agrarios castreños (Parcero, 2006); o los estudios arqueozoológicos y arqueobotánicos (Barroso et al., 2008; López Merino, 2009; López Sáez et al., 2009), están ofreciendo infinidad de posibilidades para elaborar interpretaciones más críticas y contextuales que profundicen en aspectos abordados, hasta entonces, de forma superficial. A la vez, el caudal de datos e informaciones empíricas sigue fluyendo a buen ritmo, con la publicación de nuevas memorias de excavaciones para el área gallega (Ayán, 2005, 2008a; Aboal y Castro, 2006) o nuevas síntesis regionales para la zona asturiana (Villa, 2007). Sin embargo, aún con las novedades recientes, zonas como el piedemonte meseteño de la Cordillera Cantábrica, Cantabria o Euskadi siguen sin ofrecer novedades renovadoras del conocimiento arqueológico establecido para la Edad del Hierro.

Variabilidad en las formas sociopolíticas en los grupos castreños del Noroeste peninsular.

Respecto a la interpretación de las formas sociopolíticas castreñas para la Edad del Hierro del Noroeste peninsular, el debate actual en la disciplina académica ha alcanzado una situación de relativa madurez, en la que la tesis doctoral de Alfredo González Ruibal (2006-2007) reúne el mejor estado de la cuestión, que comento de aquí en adelante.

En la Primera Edad del Hierro los castros se situaron como los nuevos elementos de hábitat monumentalizado y propiciaron la definición de los territorios o áreas de explotación de cada grupo. La importancia de los poblados, como núcleos centrales de la cotidianeidad de los grupos castreños refuerza el énfasis en lo comunitario (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1998: 129). A pesar de esto, en zonas como el Sur de Galicia y Norte de Portugal sigue siendo evidente cierto acceso diferencial a determinados objetos, como algunos objetos de repre-

sentación (joyas, armas...) (González Ruibal, 2006-2007: 210-232, 2008: 902-905). Para el ámbito asturiano, las evidencias disponibles son de mucha menos calidad informativa, aunque contamos con algunos datos que nos llevan a apuntar en la dirección opuesta a lo que acontece en el área bracarense. La aparición de amplios espacios cargados de fuerza simbólica como la parte alta del Chao Samartín y su gran cabaña (Villa y Cabo, 2003) o el recinto despejado de construcciones del castro del Picu La Forca (Camino et al., 2009); la amortización de materiales bronceos en castros, muchas veces en contextos fundacionales; o los esfuerzos conjuntos en la construcción de las defensas de los nuevos poblados, podrían llevarnos a pensar en un reforzamiento de los lazos comunitarios de estos primeros grupos castreños. No obstante, dada la situación actual de nuestros conocimientos sobre la Primera Edad del Hierro, no pueden ser más que ideas a discutir en los próximos años, a la vista de las necesarias publicaciones en detalle que han de ofrecernos los excavadores de estos castros.

Para la Segunda Edad del Hierro contamos con una mayor y mejor base empírica, por lo que el estudio de las formas sociales y políticas en esta fase ofrece mayores posibilidades interpretativas. En el Noroeste peninsular se han definido distintas formas organizativas para la Segunda Edad del Hierro, distribuidas en diferentes zonas geográficas, como reflejo de un proceso de regionalización. Sólo por enumerarlas, González Ruibal (2006, 2006-2007: 401-419, 2008: 908-910, 2009, e.p.) habla de sociedades heroicas, con una jerarquización de base guerrera y extendidas desde el interior septentrional de Gallaecia hasta la costa del occidente cantábrico; sociedades de casa, con la casa familiar como célula básica en el sistema de economía política propio de los oppida del área galaica bracarense; sociedades rurales profundas, en las áreas montañosas del interior de Lugo, Asturias o León, ajenas al comercio de

larga distancia o a los procesos complejos de jerarquización de los territorios vecinos y con una economía moral que impide la acumulación de excedentes u objetos de prestigio; jefaturas basadas en el parentesco, que se extenderían por las llanuras que lindan con el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica, centralizadas en base al parentesco, con desarrollos de tipo aristocrático donde ganarían importancia el componente guerrero y los elementos exóticos mediterráneos y celtibéricos. Esta propuesta viene a converger con los estudios generales de la Edad del Hierro europea del ámbito atlántico, reforzando la impresión, cada vez más presente, de diversidad y variabilidad (Hill, 1995a, 1995b; Henderson, 2007; Thurston, 2009).

El diálogo entre el estudio de las formas de poblamiento y la organización social de los grupos castreños como objetivo.

Mi intención en este trabajo será la de incorporar los estudios de poblamiento y territorialización sobre la Edad del Hierro en el área de estudio (Agrafoxo, 1992; Xusto, 1993; Carballo, 1996; Camino, 2002; Parceró, 2002; Fábrega, 2004; Fernández Fernández, 2009; García Sánchez, 2009; González Álvarez, 2009b; Vázquez Mato, 2010) al debate general sobre los aspectos políticos y sociales de las comunidades castreñas de la Edad del Hierro. A mi juicio, sería muy interesante interrelacionar ambos tipos de estudios, lo que permitiría comprender mejor la diversidad o uniformidad en la construcción social del paisaje castreño. Ésta puede ser una excelente vía para aclarar algunas cuestiones pendientes de la discusión arqueológica actual, a la vez que nos permitirá plantear nuevos interrogantes acerca de la génesis y el desarrollo de las comunidades castreñas del Noroeste y ámbito cantábrico.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE CASTREÑO.

A comienzos del I milenio cal AC tuvo lugar

un profundo cambio cultural que propiciaría el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Los grupos pastores constructores de megalitos modificarían su cosmografía, su identidad y sus pautas de poblamiento muy rápidamente, dando lugar a los primeros grupos castreños, que en el área de estudio se consolidarían a partir del siglo VIII cal AC (Jordá Pardo et al., 2009). Este profundo cambio sociopolítico acontecería en el transcurso de unas pocas generaciones, por lo que tal fenómeno sería un verdadero caso a abordar en un marco comprensivo de “tiempos cortos” (sensu Morris, 2000; Marín, 2009). Dicho cambio cultural daría paso a la formación de un paisaje territorializado, con los castros como centros gravitatorios de la vida cotidiana de las comunidades humanas y de sus esquemas identitarios.

Los poblados castreños, como asentamientos fortificados definidos por importantes obras defensivas, supondrán la plasmación de un cambio en el código material de monumentalización del paisaje respecto a épocas precedentes. En el Calcolítico y la Edad del Bronce, los grupos nómadas cantábricos levantaban monumentos megalíticos y realizaban pinturas y grabados en abrigos, estelas y monumentos naturales destacados en el paisaje como topogramas (sensu Santos Granero, 1998) que facilitarían la apropiación simbólica de los principales escenarios de su vida cotidiana: los espacios productivos y las vías naturales de comunicación (de Blas, 1983; Marín, 2009). La materialidad del cambio cultural hacia la Edad del Hierro implicará el nacimiento del paisaje castreño, con un proceso de apropiación simbólica del paisaje apoyado en la progresiva monumentalización de los castros (Parceró, 2002). La importancia y atención prestada a los propios asentamientos nos habla de la importancia de la comunidad local, como universo cotidiano de la socialización de estas gentes de la Edad del Hierro. Así, el poblado

monumentalizado sería uno de los referentes identitarios básicos para sus habitantes, además de constituir la base de su organización política y social.

Otros factores importantes a tener en cuenta en el proceso de formación de las sociedades castreñas sería el cambio en las relaciones a larga distancia, con el colapso de los circuitos del comercio atlántico, tan importantes en la Edad del Bronce (Ruiz-Gálvez, 1998), y el creciente protagonismo de los mercaderes mediterráneos en estas latitudes (González Ruibal, 2004, 2007). Por último, asistimos a un importante cambio ambiental, del Suboreal al Subatlántico, que incidiría sustancialmente en las pautas subsistenciales de los grupos castreños (López Sáez et al., 2006; López Merino, 2009). La calibración de su importancia respecto a los cambios culturales es aún un tema a estudiar con mayor detenimiento.

Las formas castreñas de poblamiento.

Los poblados característicos de la Edad del Hierro en el Noroeste y área cantábrica han centrado la atención de los investigadores hasta tal punto que los castros han dado nombre al período y a su contexto humano, hablando de *castreño*, *castrexo* o *castrejo*, según las lenguas de su área de extensión. Este hecho es bastante significativo, ya que los castros en sí mismos han monopolizado por completo el interés de los arqueólogos hasta hace tan sólo dos o tres décadas. A finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, los recintos amurallados de los castros al fin serán desbordados por los arqueólogos con una serie de trabajos enfocados hacia la catalogación de yacimientos castreños, realizando descripciones detalladas de los tipos de asentamientos, hasta crear tipologías de los enclaves habitacionales de la Edad del Hierro. A la vez, se hicieron estudios territoriales del entorno de los poblados en la línea de los estudios de Arqueología Espacial entonces en auge en la Península Ibérica, gracias al

éxito de los Coloquios Internacionales de Arqueología Espacial de Teruel (Fernández-Posse, 1998: 204) y a la creciente influencia en España de la Nueva Arqueología. En este grupo de trabajos debemos citar, para el área de estudio, las voluntariosas aproximaciones a esta temática por parte de Agrafoxo (1992), Xusto (1993) y Carballo (1990, 1996), destacando a este último por la continuidad de sus trabajos.

El verdadero salto cualitativo en este género de estudios vendrá de la mano del grupo investigador en Arqueología del Paisaje coordinado por Felipe Criado (1999), en donde destacará la investigación de César Parcero, quien realizará un análisis interpretativo del paisaje castreño. Con su tesis doctoral (2002) afronta el estudio diacrónico del paisaje de la Edad del Hierro como construcción política y social, realizando para ello análisis locacionales de los asentamientos con tecnologías SIG (Parcero y Fábrega, 2006) en distintas zonas del centro y oriente de Galicia. Como conclusión, propondrá un modelo de poblamiento para la “cultura castreña” en relación a un proceso de intensificación agraria entre el Hierro I y el Hierro II/período altoimperial romano, en el que los grupos castreños cambiarán las localizaciones seleccionadas para establecer sus poblados en la inmediatez de las mejores tierras para una agricultura intensiva, además de variar los discursos materiales de monumentalización del paisaje y de los propios castros. En el seno del mismo grupo, se realizarían con posterioridad nuevas contrastaciones de la propuesta en diferentes zonas de Galicia (Fábrega, 2004), consolidando la vigencia del conocido modelo del “tres para dos” (Parcero, 2000) para áreas próximas y semejantes a las ya analizadas.

Nuevas alternativas: paisaje(s) castreño(s).

A la vista de los recientes desarrollos interpretativos en el estudio arqueológico de la Edad del Hierro en nuestro área de estudio, acerca de aspectos como la organización social, parece

que podemos ir desmantelando el viejo edificio monolítico que *explicaba* una “cultura castreña” de forma plana y uniforme. En los últimos años, algunos investigadores han comenzado a introducir notables dosis de variabilidad en los discursos arqueológicos, ofreciéndonos lecturas mucho más sugerentes y diversificadas acerca de los grupos humanos de la Edad del Hierro en el Noroeste (Sastre, 2002, 2004, 2008; González Ruibal, 2006, 2006-2007, 2009, e.p.; Marín, 2009). La diversidad regional en las caracterizaciones identitarias, sociopolíticas o subsistenciales empieza a ser un componente a tener muy en consideración a lo largo y ancho del territorio por el que se extendieron los castros como principales formas de hábitat conocidas para la Edad del Hierro.

En cambio, la atención a la variabilidad en los modelos de poblamiento para las comunidades castreñas del Noroeste y ámbito cantábrico es una de las asignaturas pendientes en el estudio de la Edad del Hierro. En este punto, se puede percibir cómo, de alguna manera, el modelo del “tres para dos” de Parcero (2000) se ha terminado por relacionar con ese viejo contenedor que es la “cultura castreña”. Cuando se han propuesto nuevos estudios del poblamiento por otros autores o en otras áreas de estudio, la exitosa propuesta de Parcero se ha situado siempre como el referente inicial a contrastar, en vez de tratar de dialogar con dicho modelo en el proceso final de discusión de las nuevas investigaciones. En la base de esta habitual generalización del “tres para dos” a todo el área castreña, seguramente se encuentren reminiscencias del pensamiento histórico-cultural y de su tendencia a establecer modelos generales.

Ahondando en este problema, si repasamos qué áreas geográficas han sido estudiadas con la propuesta del “tres para dos” como modelo referencial preferente, comprobaremos cómo en su mayoría se corresponden con zonas litora-

les, de valles interiores a poca altitud o, a lo sumo, espacios de media montaña. Además, estos estudios se han realizado preferentemente en la mitad occidental de la actual Galicia, frente a unas pocas excepciones planteadas en otras regiones. Por lo tanto, podemos pensar que una serie de espacios geográficos muy concretos, en donde el desarrollo cultural de la Edad del Hierro tendría unas particularidades determinadas, se encuentran sobrerrepresentados en los estudios de poblamiento efectuados hasta la fecha para la Edad del Hierro del Noroeste y orla cantábrica. Esta misma muestra poco equilibrada es la que sustenta la impresión de que sólo existe una pauta general en el poblamiento prerromano en tan amplio territorio. A la vista de esta observación, se hace conveniente emprender más estudios de las formas castreñas de poblamiento en nuevos escenarios: con distintas coordenadas geográficas y con distinta caracterización fisiográfica y paisajística. Así pues, sería urgente la realización de nuevos estudios de este tipo en el ámbito de la orla cantábrica, y a la vez, dirigir un mayor esfuerzo hacia las zonas de media y alta montaña.

Con esta orientación, he planteado la realización de mi proyecto doctoral, teniendo como objetivo el estudio de las formas de poblamiento durante la Edad del Hierro en la Cordillera Cantábrica. En mis primeras exploraciones al respecto, he encontrado argumentos suficientes para sostener que en las áreas de montaña del centro-occidente asturiano, como en el valle del río Pigüena (González Álvarez, 2009b, e.p.), podríamos observar nuevas pautas de poblamiento para el I milenio AC. Aquí, las comunidades castreñas seleccionarían como ubicaciones preferentes para erigir sus poblados permanentes una serie de localizaciones semejantes para toda la vigencia del fenómeno castreño en el área (s.VIII cal AC– s.II cal DC), sin que se identifiquen variaciones diacrónicas en tal selección. Estas observaciones preliminares pueden relacio-

narse con la idea de que la intensificación agraria que se detectaba en las zonas bajas de Galicia no se reproduzca en las zonas altimontanas de la Cordillera Cantábrica. Más aún, vemos cómo hay cambios diacrónicos en la selección de los lugares permanentes de habitación en algunas zonas del oriente asturiano en el sentido inverso al que se producen en las zonas estudiadas por Parcero y Fábrega. Así, en el entorno de la ría de Villaviciosa parece que con el tránsito entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro las ubicaciones de los castros ganan altura, dando la espalda a las fértiles tierras bajas de la rasa costera –potencialmente más aptas para la agricultura intensiva–, orientándose hacia los espacios serranos del interior (Camino, 2002) –eminentemente pastoriles y propicios también para fórmulas agrarias itinerantes–.

Volviendo la vista, de nuevo, al trabajo de González Ruibal en el que indica la existencia de distintos sistemas de economías políticas en el Noroeste peninsular (2006, 2006-2007, 2009, e.p.), y asumiendo que existen áreas concretas donde el modelo de poblamiento del “tres para dos” parece no funcionar, podemos plantearnos en qué medida podríamos enlazar ambos rangos de variabilidad, para fundamentar mejor la narrativa arqueológica que intente comprender los entresijos de una formación y desarrollo diversificado de los paisajes castreños del Noroeste y ámbito cantábrico. De esta forma, y para el caso de estudio abordado en el transcurso de mi primera incursión en esta temática, podríamos pensar que en las zonas montañosas del segmento occidental de la Cordillera Cantábrica las comunidades castreñas, caracterizadas socialmente como sociedades rurales profundas, desarrollarían un modelo de poblamiento propio que se relacionaría con una gran inercia de sus formas tradicionales de subsistencia, en las que el pastoreo (probablemente transterminante) sería una actividad fundamental, en conjunción con prácticas agrarias de

carácter extensivo basadas en un sistema de rozas (González Álvarez, 2009b).

HACIA EL “MOSAICO CASTREÑO”.

La revelación del Noroeste peninsular como un verdadero mosaico de formaciones sociales puede ser una excelente vía para deconstruir visiones planas, hoy inadecuadas, sobre la existencia de una “cultura castreña del Noroeste” en la Edad del Hierro. Este objetivo tampoco debe justificar la artificiosa proyección de realidades históricas actuales, como las comunidades autónomas, hacia el pasado, en cuanto a delimitaciones geográficas válidas para acometer estudios arqueológicos sobre las comunidades prerromanas.

El empleo del concepto de “grupos arqueológicos” como categoría contenciosa y comprensiva sería más correcto para nuestros objetivos, a la vista de las deformaciones que se derivan del uso de conceptos como “cultura arqueológica” (sobre sus implicaciones cronológicas y culturales, vid. González Marcén et al., 1992). Esta categoría nos permite mantener una concepción amplia y reflexiva de las manifestaciones arqueológicas de las gentes del pasado, con la que además podremos desglosar la tradicional “cultura castreña” en varias opciones regionales, en función de la diversidad y variabilidad que parecen observarse en la Edad del Hierro del área estudiada. A la vez, se puede explicitar el actualismo que subyace a toda interpretación arqueológica, ya que son investigadores contemporáneos quienes definen grupos culturales de hace varios milenios en base a unos pocos trazos observados, por lo que la certidumbre del sentido de tales definiciones nunca será total (González Marcén et al., 1992: 24-25).

Con la selección de nuevos escenarios, como las zonas de montaña del centro y occidente de la Cordillera Cantábrica, para la ejecución de estudios del poblamiento castreño de la Edad

del Hierro, podemos barajar un nuevo término de variabilidad –las formas de poblamiento– en la caracterización arqueológica de los grupos prerromanos del Noroeste peninsular y área cantábrica. Esta variación se suma a otras ya descritas en la literatura arqueológica, como algunos elementos muebles (Carballo y Fábregas, 2006), la arquitectura doméstica (Ayán, 2008b), u otros aspectos ya comentados en este texto acerca de las formas de organización sociopolítica de los grupos castreños.

El rango de diversidad que arqueológicamente se aprecia de los rasgos culturales de las poblaciones castreñas es cada vez más amplio y, lo que es más importante, cada vez se aprecia una mayor regionalización en su dispersión. Esto me lleva a plantear que es necesario, de una vez por todas, desterrar viejas etiquetas obsoletas como la de “cultura castreña”, para poder comprender en mayor profundidad el escenario humano del I milenio AC en este área geográfica. Como propuesta, pienso que en vez de invocar una “cultura castreña del Noroeste” sería más enriquecedor si comenzásemos a hablar de un mosaico castreño que se extendería por el Noroeste peninsular y toda la cornisa cantábrica, que contaría con múltiples matices regionales diferenciadores, a la vez que se sostendría cohesionado por las múltiples concomitancias que todos estos grupos arqueológicos castreños compartirían entre sí.

BIBLIOGRAFÍA.

ABOAL FERNÁNDEZ, R. y CASTRO HIERRO, V. (Eds.) (2006): *O Castro de Montealegre. Moaña, Pontevedra*, Noia: Toxosoutos.

AGRAFOXO PÉREZ, X. (1992): *O hábitat castrexo no Val de Barcala, Amaía e o Val do Dubra*, Noia: Gráficas Sementeira.

AYÁN VILA, X.M. (Ed.) (2005): *Os Castros de Neixón. Boiro, A Coruña*, Noia: Toxosou-

tos.

AYÁN VILA, X.M. (Ed.) (2008a): *Os Castros de Neixón II*, Noia: Toxosoutos.

AYÁN VILA, X.M. (2008b): A Round Iron Age: The Circular House in the Hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula, e-Keltoi: Journal of Interdisciplinary Celtic Studies, 6, 903-1003<<http://www4.uwm.edu/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>>.

BARROSO BERMEJO, R., CAMINO MAYOR, J., BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN BEHRMANN, R.D., TRANCHO GAYO, G. y ROBLEDO SANZ, B. (2008): Contribución al patrón alimenticio y de actividad de las poblaciones del Norte peninsular. Fuentenegro, Asturias, *Munibe: Antropología-Arkeología*, 59, 179-185.

BLAS CORTINA, M.A. de (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*, Oviedo: Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias.

CAMINO MAYOR, J. (2002): Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los Castros del oriente de Asturias. En BLAS CORTINA, M.A. y VILLA VALDÉS, A. (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Navia: Ayuntamiento de Navia, 139-157.

CAMINO MAYOR, J., ESTRADA GARCÍA, R. y VINIEGRA PACHECO, Y. (2009): El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado, *Trabajos de Prehistoria*, 66(1), 145-159.

CARBALLO ARCEO, X. (1990): Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico, *Trabajos de*

Prehistoria, 47, 161-199.

CARBALLO ARCEO, X. (1996): Os castros galegos: Espacio e Arquitectura, *Gallaecia*, 14-15, 309-357.

CARBALLO ARCEO, X. y FÁBREGAS VALCARCE, R. (2006): Variacións rexionais nas sociedades pre e protohistóricas galaicas. En ÁLVAREZ, R., DUBERT, F. y SOUSA, X. (eds.): *Lingua e Territorio*, Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, 67-91.

CRIADO BOADO, F. (1999): *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*, Santiago de Compostela: CAPA nº6.

CHILDE, V.G. (1929): *The Danube in Prehistory*, Oxford: Clarendon Press.

DÍAZ SANTANA, B. (2002): *Los celtas en Galicia: arqueología y política en la creación de la identidad gallega*, Noia: Tosoxoutos.

FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2004): *Poblamiento y Territorio de la Cultura Castreña en la comarca de Ortegá*, Santiago de Compostela: CAPA nº19.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Madrid: Síntesis.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (2001): La arqueología de los pueblos del Norte, *Edades: Revista de Historia*, 8, 11-29.

FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1998): Las comunidades campesinas en la Cultura Castreña, *Trabajos de Prehistoria*, 55, 127-150.

FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. (2009): Una contribución a la lectura crítica de deter-

minadas fuentes de información arqueológicas mediante la utilización de los SIG: los castros del valle del Trubia, *Territorio, Sociedad y Poder*, 4, 5-46.

GARCÍA SÁNCHEZ, J. (2009): El poblamiento y la explotación del paisaje en la Meseta Norte entre la Edad del Hierro y época romana altoimperial. Una aproximación a través de la Arqueología Espacial, *Zephyrus*, 64, 81-96.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2009a): Aportaciones de la Etnoarqueología al estudio de la Edad del Hierro en el Occidente cantábrico. En MARÍN SUÁREZ, C. y JORDÁ PARDO, J.F. (eds.): *Arqueología castreña en Asturias*, Gijón: UNED, Centro Asociado de Asturias, Entemu 16, 65-85.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2009b): *La Cuenca del Pigüña (Asturias) en el I milenio a.C.: poblamiento y subsistencia*, Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid, Trabajo de Tercer Ciclo, inédito.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (e.p.): Movilidad ganadera entre las comunidades castreñas cantábricas: el valle del Pigüña (Asturias) como caso de estudio. En ORJIA (ed.): *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2009)*.

GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C. Una introducción a la edad del bronce*, Madrid: Síntesis.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2004): Facing two seas: Mediterranean and Atlantic contacts in the North-West of Iberia in the First Millennium BC, *Oxford Journal of Archaeology*, 23(3), 287-317.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): House so-

cieties vs. kinship-base societies: an archaeological case from Iron Age Europe, *Journal of Anthropological Archaeology*, 25(1), 144-173.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.), A Coruña: Museo de San Antón, *Brigantium*, 18-19.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): Past the Last Outpost: Punic Merchants in the Atlantic Ocean (5th–1st centuries BC), *Journal of Mediterranean Archaeology*, 19(1), 121-150.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2008): *Los pueblos del noroeste*. En GRACIA ALONSO, F. (ed.): De Iberia a Hispania, Madrid: Ariel, 899-930.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2009): Economía política y tecnología del espacio: “sociedades de casa” en el noroeste de la Península Ibérica (s. II a.C. – I d.C.). En BELARTE, C. (ed.): *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània Occidental (Ier mil.leni aC) : actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 245-252.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (e.p.): The Politics of Identity: Ethnicity and the Economy of power in Iron Age Northwest Iberia. En STODDART, S. y CIFANI, G. (eds.): *Ethnicity and landscape in the archaic Mediterranean*.

HENDERSON, J.C. (2007): *The Atlantic Iron Age*, Londres: Routledge.

HILL, J.D. (1995a): How Should We Understand Iron Age Societies and Hillforts? A Contextual Study from Southern Britain. En HILL, J.D. y CUMBERPATCH, C.G. (eds.): *Different Iron Ages. Studies on the Iron Age in*

Temperate Europe, Oxford: B.A.R. International Series 602, 45-66.

HILL, J.D. (1995b): The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 B.C. To A.D. 100): An Overview, *Journal of World Prehistory*, 9(1), 47-98.

JORDÁ PARDO, J.F., REY CASTAÑEIRA, J., PICÓN PLATAS, I., ABAD VIDAL, E. y MARÍN SUÁREZ, C. (2009): Radiocarbon and Chronology of the Iron Age Hillforts of Northwestern Iberia, *Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich*, 3, 69-86.

LOMBARDÍA, L. (2006): *Radiografía d'un panfletu: Astures y Asturianos. Sobre'l llibru «Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias» de Carlos Marín Suárez*, Oviedo: Fundación Belenos.

LÓPEZ MERINO, L. (2009): *Paleoambiente y Antropización en Asturias durante el Holoceno*, Departamento de Ecología, Universidad Autónoma de Madrid, Tesis Doctoral, inédita.

LÓPEZ SÁEZ, J.A., LÓPEZ GARCÍA, P. y LÓPEZ MERINO, L. (2006): El impacto humano en la Cordillera Cantábrica: Estudios palinológicos durante el Holoceno Medio, *Zona Arqueológica*, 7(1), 123-130.

LÓPEZ SÁEZ, J.A., LÓPEZ MERINO, L., PÉREZ DÍAZ, S., PARCERO OUBIÑA, C. y CRIADO BOADO, F. (2009): Contribución a la caracterización de los espacios agrarios castreños: documentación y análisis palinológico de una posible terraza de cultivo en el castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra), *Trabajos de Prehistoria*, 66(2), 171-182.

MARÍN SUÁREZ, C. (2005): *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*. Noia: Toxosoutos.

MARÍN SUÁREZ, C. (2009): De nómadas a castreños. Los orígenes de la Edad del Hierro en Asturias. En MARÍN SUÁREZ, C. y JORDÁ PARDO, J.F. (eds.): *Arqueología castreña en Asturias*. Gijón: UNED, Centro Asociado de Asturias, Entemu 16, 21-46.

MORRIS, I. (2000): *Archaeology as Cultural History. Words and Things in Iron Age Greece*, Oxford: Blackwell Publishers.

PARCERO OUBIÑA, C. (2000): Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico, *Trabajos de Prehistoria*, 57(1), 75-95.

PARCERO OUBIÑA, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*, Ortigueira: Fundación F.M.Ortegaia.

PARCERO OUBIÑA, C. (2006): Los paisajes agrarios castreños. Modelos de construcción del espacio agrario a lo largo de la Edad del Hierro del noroeste, *Arqueología Espacial*, 26, 57-85.

PARCERO OUBIÑA, C., AYÁN VILA, X.M., FÁBREGA ÁLVAREZ, P. y TEIRA BRIÓN, A.M. (2007): Arqueología, Paisaje y Sociedad. En GONZÁLEZ GARCÍA, F.J. (ed.): *Los pueblos de la Galicia céltica*, Madrid: Akal, 131-258.

PARCERO OUBIÑA, C. y FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2006): Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base 'raster'. En GRAU MIRA, I. (ed.): *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*, Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante, 69-89.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*, Bar-

celona: Crítica.

RUIZ ZAPATERO, G. (2006): The Celts in Spain. From archaeology to modern identities. En RIECKHOFF, S. (ed.): *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, I: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne. Actes de la table ronde de Leipzig, 16-17 juin 2005*, Glux-en-Glenne: Bibracte, Centre archeologique européen, 197-218.

SANTOS GRANERO, F. (1998): Writing history into the Landscape: Space, myth, and ritual in contemporary Amazonia, *American Ethnologist*, 25(2), 128-148.

SASTRE PRATS, I. (2002): Forms of social inequality in the Castro Culture, *European Journal of Archaeology*, 5(2), 213-248.

SASTRE PRATS, I. (2004): Los procesos de la complejidad social en el Noroeste peninsular: arqueología y fuentes literarias, *Trabajos de Prehistoria*, 61(2), 99-110.

SASTRE PRATS, I. (2008): Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest, *Current Anthropology*, 49(6), 1021-1051.

THURSTON, T. (2009): Unity and Diversity in the European Iron Age: Out of the Mists, Some Clarity?, *Journal of Archaeological Research*, 17(4), 347-423.

VÁZQUEZ MATO, M.X. (2010): Estrategias de asentamiento como indicadores de cronología relativa para la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico, *Herakleion*, 3, 67-103.

VILLA VALDÉS, A. (2007): Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.). En FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J.A. (ed.): *Astures y romanos: nuevas perspec-*

tivas, Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 27-60.

VILLA VALDÉS, A. y CABO PÉREZ, L. (2003): Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación, *Trabajos de Prehistoria*, 60(2), 143-151.

XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1993): *Territorialidade castrexa e galaico-romana na Galicia suroriental: a terra de Viana do Bolo*, Ourense: Boletín Avriense, Anexo 18.